

Retiro de Viernes Santo

“Junto a la cruz de Jesús”

(Juan 19, 25)

CANTO DE INICIO

(A elección)

SIGNACIÓN

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén.

ORACIÓN INICIAL

Oh Dios, tu Hijo, Jesucristo, Señor nuestro, por medio de su pasión ha destruido la muerte que, como consecuencia del antiguo pecado, a todos los hombres alcanza. Concédenos hacernos semejantes a él. De este modo, los que hemos llevado grabada, por exigencia de la naturaleza humana, la imagen de Adán, el hombre terreno, llevaremos grabada en adelante, por la acción santificadora de tu gracia, la imagen de Jesucristo, el hombre celestial. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio según San Juan 19, 17-30

MOTIVACIÓN DEL TEMA

Ninguno de nosotros estaba allí cuando crucificaron a nuestro Señor, ni cuando fue depositado en el sepulcro. Si hubiéramos estado allí, no lo hubiéramos permitido.

Por lo menos, nos hubiéramos acercado a él todo lo posible, hubiéramos entrañado todos sus gestos y palabras, hubiéramos asumido todos sus dolores, hubiéramos llorado todas sus lágrimas y calmado su sed infinita, hubiéramos recogido su sangre divina.

Si hubiéramos estado allí, habríamos deseado que nos crucificaran con él, para acercarnos más todavía y compartir todos sus sufrimientos: dolor con Cristo dolorido, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas y pena interna por todo lo que Cristo sufrió por mí.

Si hubiéramos estado allí, habríamos gritado la injusticia
¿Cómo se puede condenar al Justo?

Si hubiéramos estado allí, habríamos temblado de indignación, habríamos temblado de espanto, habríamos temblado de emoción.

Si hubiéramos estado allí...

La verdad es que todos estuvimos allí, cuando lo crucificaron, cuando lo clavaron en el árbol. Todos estábamos allí y con doble presencia.

Estábamos allí, en primer lugar, con los jueces, con los verdugos, con la gente curiosa, con la muchedumbre pasiva.

Les invitamos a reflexionar esos momentos de Pasión de Jesús



PRIMERA MEDITACIÓN

“Allí estábamos”

Allí estábamos todos dando fuerza al cobarde Pilato, para que acabara de firmar la más injusta sentencia que se haya jamás pronunciado; después le ofrecimos una hermosa jofaina, para que se lavara bien las manos. Aún se las está lavando el pobre.

Allí estábamos levantando la mano de los verdugos, para descargar sus golpes sobre el cuerpo santo e inocente de Cristo, con fuerza bruta, rutinaria, anónima. Eran máquinas de matar, frías, impersonales, olvidadizas.

Allí estábamos riendo y gritando con las autoridades, los letrados y los notables, saboreando el triunfo de su poder, sugiriéndoles palabras y dichos hirientes para redondear mejor la faena. Ahí está el Mesías que no se defiende, el Mesías que se retuerce de dolor y que grita de espanto. ¿Hay todavía alguno que le pueda tomar en serio? Si ni puede bajar de la cruz ni salvarse a sí mismo, ¿a quién va a poder salvar?

Allí estábamos todos con la gente pasiva y curiosa, los que se dejaban llevar, los que se limitaban a comentar lo sucedido, los que criticaban, los que se lamentaban, los que compadecían. En el fondo, todos cobardes y faltos de fe. El hecho más importante y dramático de la historia sólo les roza superficialmente, objeto de leves comentarios.

“Allí estábamos con el mal ladrón, blasfemando nuestros dolores y desgarros, lanzando contra el Cordero divino nuestros delitos y errores, dando coces contra el aguijón, gritando al cielo nuestra desesperación.

Allí estábamos con los soldados que se repartieron sus ropas y sortearon su túnica. Cumplían un salmo (22,19). No sabían esos pobres soldados el botín que se ponía en juego. ¿Qué precio no pagaríamos hoy por conseguir una de esas piezas? ¿Quién de esos soldados se vestiría de Cristo?

Allí estábamos con los soldados que le dieron a beber vinagre. Tampoco sabían éstos que estaban cumpliendo una profecía: «Y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Sal. 69, 22). No sabían quién era el que les pedía de beber, el que podía saciarles a todos definitivamente, el que era manantial inagotable de agua viva. No sabían qué sed era la que gritaba ese divino crucificado. Le dieron, le dimos, a beber vinagre, que es el fruto que más abunda en nuestras viñas.

Allí estábamos con el soldado que se atrevió a abrir el costado de Cristo con la lanza. Tampoco éste sabía que estaba realizando una acción profética, para que se cumpliera la Escritura: «Verán al que traspasaron» (Zac. 12,10). No sabía que ese golpe de gracia se convertiría en verdadera fuente de gracia. No sabía, no sabíamos, qué puerta de salvación se estaba abriendo de par en par. Un golpe de gracia definitivo.

Allí estábamos todos, porque en ese momento se concentraba toda la historia, para lo malo y para lo bueno. Allí se concentraba todo el pecado del mundo, el pecado de todos los hombres de todos los tiempos; y no sólo las grandes injusticias, los odios terribles, las violencias desatadas, las mentiras inconcebibles, sino también los pequeños miedos, las ridículas equivocaciones, frecuentes engaños, las fáciles seducciones, las inconscientes omisiones, todos los pecados de debilidad e ignorancia.

La cruz recoge toda la inhumanidad humana. Es la expresión de toda ceguera, toda debilidad y toda maldad. Es el triunfo de las tinieblas, lo irracional, lo desnaturalizado, lo inmisericorde, lo inhumano en estado puro.

Estábamos allí condenando al Justo, por lo tanto ...

Cada vez que cometemos una injusticia, estábamos allí condenando al Justo;

Cada vez que mordemos al hermano con la crítica o la calumnia, estábamos allí sentenciando al Inocente;

Cada vez que despojamos al pobre con nuestro egoísmo y nuestra insolidaridad, estábamos allí repartiéndonos sus ropas;

Cada vez que agredimos al indefenso con nuestra violencia o nuestra prepotencia, estábamos allí torturando al Cordero;

Cada vez que negamos al prójimo una ayuda, estábamos allí como espectadores fríos e insolidarios;

Cada vez que callamos por miedo y no actuamos proféticamente, estábamos allí, sin atrevernos a dar la cara, ni a salir en defensa del condenado ni a expresar siquiera nuestros sentimientos.

Cuando traicionamos, estábamos allí;
Cuando somos cobardes, estábamos allí;
Cuando somos infieles, estábamos allí;
Cuando dudamos, estábamos allí;
Cuando mentimos, estábamos allí;
Siempre que nos ciega y nos esclaviza la pasión, estábamos allí.

Hermana(o), ¿Cuándo has estado allí...?



SEGUNDA MEDITACIÓN

“La Gracia de la cruz”

Estábamos allí todos, siendo objeto de la oración de Cristo, que nos iba presentando al Padre en aquel momento de gracia.

Estábamos allí y también a nosotros dirigía sus palabras: por cada uno de nosotros pedía perdón al Padre, «porque no sabemos lo que hacemos»; a cada uno de nosotros prometía el paraíso: «Hoy estarás conmigo», y eso es ya el paraíso; a cada uno de nosotros encomendó la madre, para que la «llevemos a nuestra propia casa».

Estábamos allí todos: nos veía en su madre, un mar de sufrimientos y misericordia. Nos veía en Juan, el amigo, el que mantuvo la fe, el que acogió a la madre. Nos veía en Magdalena y demás piadosas mujeres, las valientes y generosas, las que dieron la cara, las que mejor compadecieron, las que tanto amaron.

Nos veía en Nicodemo y José de Arimatea, en el Cireneo y la Verónica, los que le prestaron sus buenos servicios, compartiendo su cruz, enjugando su rostro, quitándole los duros clavos y bajándole del madero, lavándole, ungiéndole, envolviéndole en la sábana, colocándole delicadamente en el sepulcro.

Estábamos allí siendo objetos de su amor y amándole; siendo redimidos por él y mirándole con fe, como aquellos israelitas que miraban la serpiente de bronce en el madero;



siendo lavados en el agua y la sangre que fluían de su costado, nosotros inmersos en ese doble torrente de vida.

Estábamos allí, recibiendo el Espíritu que él entregaba al Padre y a nosotros.

Estábamos allí con él, formando parte de su cuerpo dolorido, uno más de sus sagrados miembros ¿no sabes que somos todos el Cuerpo de Cristo?

Todos estuvimos clavados en la cruz con Cristo, todos morimos con él, todos fuimos con él sepultados y todos resucitaríamos con él. El misterio pascual de Cristo es también el nuestro. ¡Cuántas consecuencias para nuestra vida, si realmente lo entendiéramos y lo viviéramos así!

¿Estabas allí cuando le depositaron en el sepulcro?

FINALIZACIÓN RETIRO ESPIRITUAL

Hay razones sobradas para sentir este asombroso temblor.

Al constatar tu presencia viva en el misterio, al saberte protagonista de los más importantes acontecimientos de la historia, al verte inmerso en un océano de misericordia, al sentirte traspasado por unos ojos llenos de ternura y amor, al reconocer la victoria del amor y de la gracia, es como estar junto a la zarza ardiendo o dentro de la nube divina, es como sentirte invadido por una fuerza misteriosa que te arrebatara y trasciende, es entrar en la danza del Espíritu.

Reviviendo el misterio pascual, se tiene que apoderar de nosotros un santo y maravilloso temblor....

Hermanas y hermanos, ¡vayamos a casa en el silencio de nuestro corazón contrito!